

DIARIO DE



MALLORCA

del jueves 9

de Junio 1814

AÑO 7^o DEL REYNADO DE FERNANDO VII.

✠ SS. *Corpus Christi*, y *S. Feliciano martir.* *Procesion general.*

| Observaciones Meteorologias de ayer. Afecciones astronómicas | | | | |
|--|---------------------|-----------|------------|-------------------|
| Epocas. | Termóm. | Baromet. | Admosfera. | Sale el sol á las |
| 7 de la m. | 15 g. | 28 p. 2l. | OS. | 4 y 35 minutos |
| 12 del dia. | 17 g. | 28 p. 3l. | S. | y se pone á las |
| 5 de la tar. | 17 g. $\frac{1}{2}$ | 28 p. 3l. | S. | 7 y 25 minutos. |

Compiègne 1.º de mayo.

Anunciada que fué para el 29 la venida del Rey á esta ciudad, comenzó á acudir á ella una gran muchedumbre de gentes de París impacientes por ver á su monarca, como en tiempo de Henrique IV. Las tropas que habia aqui de guarnicion se componian de un regimiento de suizos de diversos destacamentos de la guardia de infantería y caballería. En todos los semblantes se notaban mezclados los varios afectos de asombro, de temor, de amor y de respeto. Los correos se sucedian unos á otros de hora en hora anunciando la próxima llegada del Rey. Repentinamente suenan las caxas y entra un coche tirado de 6 caballos en el patio de palacio, donde estaban formados en dos filas lo suizos y los guardias nacionales de Compiègne, que llevaban ceñida al cuerpo una gran banda blanca. Los lanceros de la guardia estaban á caballo

á la entrada del patio, y los granaderos de infantería en el pórtico. El coche paró junto á las gradas, y al momento le rodeó la muchedumbre: apeóse un anciano sostenido por su hijo, que eran el príncipe de Condé y el duque de Borbon. Algunos criados antiguos de la casa de Condé, que habian venido á Compiègne prorumpen en aclamaciones al ver á su señor, y le estrechan sus manos besándolas con tiernos sollozos.

El príncipe subió la escalera, apoyado en los brazos de su hijo, entre los granaderos de la guardia que lloraban, haciendo los honores militares á los dos príncipes, en quienes brillaba la antigua gloria de Francia, como en los referidos granaderos resplandecía nuestra nueva gloria. Es imposible describir la alegría que se experimentaba á vista de estos dos ilustres descendientes del vencedor de Rocroy.

Poco despues llegó el Rey, á cuya carroza precedian los generales y mariscales de Francia que habian salido á recibir á S. M. Ya no se oian los gritos de *viva el Rey*, sino unos clamores confusos, en los que solo se podian distinguir los acentos de la ternura y de la alegría. Al baxar el Rey de su coche sostenido por la duquesa de Angulema, la Francia ha creido ver á su padre. Ni el Rey, ni la duquesa, ni los mariscales podian hablar, expresándose solamente con las lágrimas. Los que estaban menos enternecidos gritaban sin cesar *viva el Rey, viva nuestro padre*, que es quanto podian decir. El Rey llevaba un vestido azul sin mas adorno que una placa y dos charreteras. S. M. anda con dificultad, pero de un modo noble: su estatura no es desproporcionada, y en sus miradas se descubre la magestad de un Rey, y la penetracion de un hombre de genio. Quando está sentado en su sofa con botines á la antigua, y el baston entre las rodillas, parece á Luis XIV en la edad de 50 años.

La duquesa de Angulema llevaba un vestido blanco y

un sombrero tambien blanco á la inglesa. Si alguna cosa en la tierra puede dar idea de un ángel por la belleza, la modestia y el candor, es ciertamente la hija de Luis XVI. Una expresion de amabilidad y de tristeza anuncia en sus miradas lo que ha padecido, y hasta sus vestidos á la extranjera dan muestras de su largo destierro: no cesaba de repetir, enternecida de gozo, ¡qué feliz soy de hallarme en medio de los buenos franceses! palabras dignas de una princesa amante de su patria.

Habiendo entrado el Rey en la habitacion que le estaba preparada, se sentó en medio de la comitiva; y habiéndosele presentado las damas que se hallaban en Compiègne, dirigió á cada una de ellas las expresiones mas lisonjeras: las mismas damas se presentaron en seguida á la duquesa de Angulema. El Rey un poco fatigado, y pronto ya á retirarse, dixo á los mariscales y generales: „Sres., me contemplo feliz al hallarme en medio de vosotros; feliz y envanecido, añadió con un acento noble;” despues dixo: *Espero que la Francia tendrá en adelante la felicidad de no neccitar de vuestros talentos; pero en todo caso (añadió levantándose con una noble alegría, propia del descendiente de Henrique IV), aunque estoy gotoso me pondré á vuestro frente;* despues de lo qual pasó por medio de los mariscales entre las aclamaciones repetidas de *viva el Rey*

A las ocho se sirvió la comida, en la qual se hallaron el Rey, la duquesa de Angulema, el príncipe de Condé, el duque de Borbon, los mariscales y generales, los gentileshombres de cámara, las damas de la duquesa de Angulema y otras personas de distincion convidadas de orden de S. M. Era tan grande el concurso de gentes en el salon, que apenas se podia servir la comida. En medio de ella el Rey tomó un baso de vino, y dixo á los mariscales y generales: *Sres., bebamos á la salud del ejército.* Despues de la comida volvió S. M. al salon, y manteniéndose todos de pie, el Rey hizo sentar á su derecha á los mariscales y generales: estos valientes caudillos se mostraron muy obligados á esta bondad del Soberano, tanto mas quanto el ex-

trangero Bonaparte , sin tener consideracion á su edad , á sus trabajos y heridas los obligaba á estar de pie delante de él horas enteras , exigiendo asi el respeto en medio de los males que hacia sufrir á sus servidores. Todos saben que el Rey reúne á un talento muy grande la memoria mas prodigiosa , de lo qual ha dado pruebas conversando con las personas que le rodeaban. Viendo andar con dificultad al mariscal Lefevre á causa de la gota , le dixo : *Mariscal ; ¿ sois de los nuestros ?* Despues dixo al mariscal Mortier : *Sr. mariscal , quando no éramos amigos tuvisteis con la Reyna mi esposa ciertas consideraciones que me ha hecho presentes , y en el dia me acuerdo de ellas.* Al mariscal Marmont le dirigió las siguientes palabras : *Sé que fuisteis herido en España , y que por poco perdisteis un brazo.* Sí , Sr. respondió el mariscal ; pero le he conservado para emplearle en servicio de V. M. Los mariscales Magdonald , Ney , Moncey , Serrurier , Brune , el príncipe de Neufchatel , todos los generales y demas personas que se hallaban presentes , merecieron del Rey las expresiones mas efectuosas , y de este modo se grangeó todos los corazones.

Por todos lados no se oian mas que las siguientes palabras: el Rey verá como le servimos ; somos suyos por toda la vida. Todos los emigrados que volvian con S. M. de pais extranjero , estrechaban la mano á los oficiales del ejército como á hermanos diciendo , se acabaron las facciones y partidos : todo por Luis XVIII. Tal es en Francia la fuerza del soberano legítimo, y tal el prestigio que tiene el nombre del Rey. Habiendo regresado solo de su destierro , despojando de todo , sin comitiva, sin guardias ni riquezas , sin tener nada que dar , y muy poco que prometer , se apea de su coche apoyado en el brazo de una dama , y se muestra á los guerreros , que jamas le han visto, y apenas saben su nombre. ¿ Quién es este ? El hijo de S. Luis , el Rey ; todos se postran á sus pies. El ejército, los grandes , el pueblo , un millon de soldados desean ya morir por él ; puede pedirnos toda clase de sacrificios , nuestros hijos , nuestra vida y nuestros bienes ; menos el honor , único bien de que no podemos disponer, y cuyo sacrificio no exigirá jamas ningun Rey de Francia.

Embarcaciones que ayer dieron fondo en este puerto de Palma